

## Cuentos de la vida real (2)

Dado por sentado y cierto que el lugar donde la leyenda cuenta que se sitúa la iglesia con santos de oro, es sumamente pintoresco y bello; que fue solar de antiquísimas tribus trogloditas, que dejaron imperecederas huellas hoy visibles. Todo parece indicado y aparente como para convencer al más reacio, de que lo que se dice pueda ser cierto, si se presta atención y se hace caso a la graciosa, pero nada original, por cierto, forma en que se cuentan los hechos.

Allí, en aquellos rincones tan preciosos y sugestivos, donde sin duda alguna quienes los habitaron debieron sentirse muy felices y de la mano de mi recordado amigo Teógenes Ortego, hice yo mi licenciatura doméstica en el arte de recoger cascotes de cerámica, hachas de piedra, lajas de sílex, serretas y el gran vaso de cerámica con grabados lineales incisos, material que se encuentra en el Museo de Teruel y que dio origen a un interesantísimo librito que conservo con todo cariño.

Cada bezano, estoy seguro, no se ha sustraído a la tentación de intentar averiguar alguna vez donde se encuentra la iglesia de la leyenda y ha escudriñado más de una cueva de las que tanto abundan en el poblado prehistórico de Las Tajadas, por si da con la entrada misteriosa que nadie ha podido encontrar. Y hay hasta quien asegura tener una idea más o menos clara de donde puede estar situada la entrada a la iglesia.

No es obligado creer que la misteriosa cueva, que la fantasía popular ha elevado al rango de iglesia con santos de oro, está en el corazón mismo de la Peña de Hierro, o de Tajada Bajera, los imponentes peñascos donde estaban asentados las tribus prehistóricas, que por cierto desconocían los metales preciosos.

No resultaba nada fácil perforar estos enormes peñascos de roca maciza en aquellos tiempos, aunque los moradores de tan singulares poblados han dejado huellas de lo que eran capaces de hacer. Más bien cabe pensar que se trata de una cueva natural, especie de morada o habitáculo ritual con utensilios y alguna tosca efigie o icono, o simple almacén de trastos y cacharros de la tribu, que luego la mente de aquella pastorcilla confundió con santos de oro.

En todo caso, cuesta creer que en lugares tan largamente habitados por tribus de un relativo desarrollo, que han dejado huellas profundas en las rocas, no haya aparecido más que material muy primario, con ausencia total de algún tipo de arma ofensiva, herramientas u objetos más interesantes. ¿Tenían estos habitantes de

Las Tajadas, escondidas en alguna cueva, guardadas sus cosas de más valor y necesarias para su desarrollo, para evitar el expolio por tribus vecinas, que en un abandono forzado del poblado se vieron obligados a dejar y esto es lo que vio la pastorcilla?

Lo que no es de recibo pensar que dinamitando esas dos enormes peñas el misterio quedara desvelado. Menos mal, debió de tratarse de una brabuconada de cantina y hoy es impensable que eso pueda llegar a suceder.

Así podremos seguir mirando en su integridad ese hermoso conjunto del Rodeno, Las Tajadas de Bezas y seguir disfrutando también en nuestros paseos, buscando a ver si por fin descubrimos la entrada a esa iglesia que tiene los santos de oro.